

Un hincha ilustre

Rodrigo Chávez Terrones

*"Vargas Llosa, Vargas Llosa,
el orgullo del Perú.
Porque, solo los más grandes
Somos hinchas de la U".*

Trinchera U Norte.

Las tribunas del templo despertaban de su letargo. Las gargantas y las palmas se desempolvaban conforme se extinguía el partido de transición. Se acercaba la hora de escuchar las palabras que resonarán por los muros del Monumental hasta el fin de sus días. Al lado de su familia, totalmente engalanada de crema y rojo en un palco que excedía su capacidad de abasto, un hincha crema hacía memoria.

Tenía once años y respiraba el embriagante aroma a pasto recién cortado de la cancha de entrenamiento uno del Estadio Monumental. Por esos días, en los cuales comenzaba a comprender todos los matices de la pasión crema, el sueño máximo era jugar para mi equipo, deslumbrar a mi familia, a la hincha y oír mi nombre descender de las cuatro tribunas tras una hazaña heroica (un gol hecho con garra que brinde una victoria categórica frente al compadre —cuyo nombre de pila, aunque me maten las ganas, no mencionaré—). A pesar de mi poca calidad, debo siempre resaltar mi constancia y coraje. Quizás por eso jamás me consideré como un mal jugador, tenía la característica intrínseca que todo hincha crema tiene para el fútbol, la garra, el seguir luchando a pesar de la adversidad para conseguir el sueño.

De pronto, una desconcertante avalancha de aplausos remeció el estadio cuando una bandera gigantesca emergió y flameó gallarda desde un palco en Occidente. El templo se puso de pie para iniciar la ceremonia, para honrar al hincha ilustre. Mario Vargas Llosa había llegado al Estadio Monumental y su nación le daba la bienvenida con una barra



propia, un estribillo magnífico que engalana el presente texto como epígrafe. El corazón de Norte, conducido por un robusto comandante, comenzó a palpar con férreos golpes de baquetas que marcaron el compás de las palmas de la tribuna. Las gargantas de las legiones que conforman la Trinchera U Norte rugieron al unísono y, tras unos segundos, se unieron las gargantas de la Barra U Oriente, de la tribuna Occidente y de los palcos. Cuarenta mil hinchas cremas cantaban a una sola voz y honraban a aquel estandarte de la nación merengue.

Un minuto después, la bandera se escondió y un agradable cosquilleo de complacencia embargó a los feligreses cremas, haberle cantado a MVL era como haber hablado con él directamente, haberle dado un abrazo y decirle "felicidades". El hincha del palco Norte D-143 ingresó al pequeño departamento. Recorrió sus paredes engalanadas con chalitas, pósteres y memorias de las viejas glorias. Lolo, arrodillado en el verde del Nacional, abrazaba a Toto antes de un partido. Minutos después las tribunas estallaban para celebrar un potente remate del ya mítico cañonero y luego otro y un último para dar una victoria memorable, un 4-2 que despedía al ídolo eterno entre hombros, con vuelta olímpica y ovación en pie. Se había forjado una leyenda que pa-

saría de generación en generación, el mito del Cañonero de Cañete, aquel semidiós que era capaz de lanzar remates que atravesaban las redes de los arcos, aterraban a los arqueros y noqueaban a quienes se les interpusieran. La leyenda del hombre que jugó toda una vida con el 9 en la espalda, una redecilla en la cabeza y una U roja sobre la piel (porque era su piel, así como la nuestra). La leyenda que forjó una tradición de lealtad, tesón, pundonor y coraje; aquellas máximas que mueven la vida de todo hincha crema. Todo eso era la U y estaba retratado en la apacible mirada de Lolo Fernández.

El Monumental tembló como un niño emocionado tras el fin del partido de transición. Los ahora sesenta mil hinchas comenzaban a saltar y cantar para honrar al Premio Nobel crema, pero antes una sorpresa. En las pantallas comenzaron a transitar imágenes de aquel virtuoso jugador que fue el arquitecto de la U tricampeona. Aquel genio que el hincha del palco Norte D-143 recuerda vivamente como uno de sus primeros ídolos. Gustavo Grondona pisaba el Monumental una vez más, se colocaba la camiseta crema y se le daba una ovación que remeció la colosal estructura. En la memoria colectiva se vislumbraron las glorias pasadas, la inolvidable humillación al compadre (cuyo nombre de pila desea, locamente, ser mencionado) siendo bicampeones en su —digamos— estadio, posiblemente una de las victorias más dulces que recuerde el hincha crema. La etapa oscura a inicios del milenio, cuando se puso a prueba nuestra lealtad; cuando *sufrimos por las derrotas y percances de nuestro amado club*. Fue ahí cuando renacimos con el pundonor y garra que mueve esta pasión. Cuando en el 2002 campeonamos al más puro estilo crema, siguiendo únicamente los cánones que la leyenda merengue forjó. El año que fui-

mos, según Cappa, "¡CAMPEONES, CONTRA TODO, CONTRA TODOS, HIJOS DE PUTA, CAMPEONES!".

El ídolo del medio campo salió de la cancha, se apagaron las luces y el Monumental estalló. Se encendieron las bengalas en las cuatro tribunas, flamearon las banderas, palpitó el corazón de Norte y acompasaron nuestras palmas. Un cañón de luz iluminó la cancha y, debajo de la tribuna Occidente, emergió. Mario Vargas Llosa, el niño que había sido guiado por la Saeta Rubia al gramado del Nacional, ahora caminaba como una solemne luminaria de argento sobre el verde de su estadio, frente a su nación y honrado por sus hermanos. De las tribunas descendía su nombre, coreado con frenesí, llegó al centro del campo y se le honró con camiseta y medalla, que nos dedicó, y luego habló. Y nos remeció el alma con palabras que fueron la reconfirmación de toda una vida avocada a ser hincha de la U.

Nos fundimos todos en un mismo aplauso, ese día glorioso en el que supimos que Mario Vargas Llosa era un hincha, al igual que nosotros, al igual que yo. Un hincha con las mismas convicciones y sueños. El día en el que se comprendió que la U era todo aquello que nos habían enseñado y que habíamos vivido. El día en el que renació la esperanza del hincha del palco Norte D-143 de cumplir su utopía.

Gracias por demostrarle a la nación merengue que, aún fuera de las canchas, es posible realizar el sueño del niño que se pone la camiseta por primera vez. Lograr, con una monumental hazaña, que se coree nuestro nombre con orgullo y enaltecer al Club Universitario de Deportes.